

# 1

«Cuando tocas fondo, ya has comenzado a subir», leo en un cartel que cuelga de la vidriera del viejo cine Odeón y me pregunto a qué profundidad está el fondo y si la frase, sospechosamente breve, proviene de una película que conoce la respuesta o sólo trata de seducirme para dejarme luego allí sola, con mis expectativas.

Bajo la frase hay un joven en mitad de un campo mirándome esforzado a la cara. El viento le ha desordenado el cabello castaño y agita con violencia su traje azul oscuro, sopla a través de los pantalones estrechos y de la chaqueta elegantemente entallada. Pienso si alguna vez habré visto a un hombre con traje en mitad del campo y me pregunto por qué llevará un maletín de cuero en la mano derecha mientras la otra apunta como una flecha directamente al cielo.

Desde mi infancia, los maletines de cuero ejercen una extraña fascinación en mí, y el hecho de que los utensilios ocultos en ellos sean tan importantes que se conviertan en compañeros permanentes alimentó desde muy pronto mi ansia, nunca cumplida, de ser importante para alguien.

Casi treinta años después, nada ha cambiado. Veo una maleta y no pienso en un viaje romántico al Caribe con Peter, sino en la lucha desesperada contra el maletín deformado de cuero de ternero de mis padres. A diferencia de mí, el maletín se encontraba siempre cerca de ellos y lo tomaban con tanta frecuencia en sus brazos que en algunas partes estaba negro y mugriento. Yo, por el contrario, no tenía ni una sola parte negra y mugrienta en todo mi cuerpo y bajo mi piel tampoco se ocultaban importantes instrumentos médicos

que sirvieran para explorar el interior del ser humano. Para mí, el interior de mi cuerpo de ocho años era algo tan misterioso como la estrella más distante del firmamento y el maletín de mis padres, una maravilla que yo envidiaba. Un portador de secretos. El maletín primigenio entre todos los maletines. El maletín-Adán, por decirlo de algún modo.

Y pasaron muchos años antes de encontrar un maletín que pudiera llegarle a Adán a la suela de los zapatos: tenía un cierre con combinación y una especie de esposas en el asa de las que colgaba mi futuro marido, Peter.

Peter y George, como llamaba yo a su compañero de viaje de piel, eran tan inseparables como Adán y mis padres, pero esta vez fui yo la vencedora, aunque George se interponía con frecuencia entre nosotros y vino incluso a nuestro viaje de novios. O bien, para decirlo con las palabras de una princesa fallecida en accidente: «¡En nuestro matrimonio siempre fuimos tres!»\*

Por Supuesto, George también estaba presente cuando me encontré aquella tarde en Hyde Park con Peter, que una vez más había tenido que ir a la oficina un domingo por la mañana.

—¡Nos mudamos a Berlín! —me saludó con los ojos brillantes—. ¡Imagínate, quieren que monte la filial berlínesa del bufete de abogados Taylor, Barnett & Frame! ¡Yo! ¡El abogado Peter Frame! ¿Te alegras? —me preguntó, resplandeciendo con un George pulido concienzudamente hasta alcanzar su máximo brillo.

Hice un agujero con mi paraguas en el suelo de Hyde Park y sonreí al primer botón de la trenca de Peter:

—Por supuesto que me alegro —respondí mientras pensaba: «¿Por qué debería alegrarme?»

Apenas llevábamos medio año casados y yo acababa de acostumbrarme a mi nueva vida. Había hecho reformas y amueblado

\* «¡En nuestro matrimonio siempre fuimos tres!» Frase de Diana Spencer, princesa de Gales, en una entrevista en la BBC1 en noviembre de 1995. (*N. de los T.*)

nuestra pequeña casa y un par de semanas atrás había logrado mi primer encargo como diseñadora. ¿Por qué justo ahora debería irme a Berlín?

—¡Ven! ¡Tenemos que celebrarlo! —opinó Peter, y nos fuimos a un pub.

Bebimos cerveza y comimos *fish'n'chips*.

Peter había planeado nuestro futuro en común hasta el último detalle y lo había bosquejado sobre un posavasos de cartón; antes de pedir una segunda cerveza, puso una mano sobre mi hombro y constató con alivio que yo, como profesional del diseño, podía trabajar prácticamente en cualquier sitio, y distribuyó más posavasos por toda la mesa, totalmente eufórico por tener una mujer tan práctica.

Decidí no contarle a Peter que hacía semanas que esperaba sin éxito una idea brillante.

Beautyface era una novedad a nivel mundial que iba a revolucionar en un año el mercado de la belleza, y en una semana tenía una entrevista en la que iba a presentar mi idea para su envoltorio.

—Nuestra mascarilla se diferencia de las mascarillas de belleza convencionales por el hecho de que uno se vuelve más guapo ya durante el tiempo que la lleva puesta. En teoría una mujer podría llevar siempre puesta la mascarilla Beautyface —había dicho su inventor en nuestra primera charla, y el asistente añadió, sonriendo cínicamente, que probablemente sería mejor que algunas mujeres no salieran nunca más de casa sin su mascarilla Beautyface.

Entonces recordaron mi presencia y proclamaron que naturalmente yo no era una de ellas. Que yo tenía un aspecto bastante aceptable incluso así y tendría que llevar la mascarilla sólo muy de vez en cuando y únicamente un ratito. Sí. Y ya podía marcharme.

Me puse a trabajar enseguida y, en una búsqueda en Internet que pretendía poner en marcha una actividad de desplazamiento creativo, me topé con Kihachiro Onitsuka, el inventor, en los años cincuenta, de las primeras zapatillas de baloncesto con ventosas. La

idea se le había ocurrido mientras comía la ensalada de calamar y pepino de su madre. ¡Genial! ¡Exacto! Mi idea para Beautyface también llegaría de ese modo.

Pero, de un modo u otro, el éxito tan deseado se hacía esperar. En los huesos y terriblemente estresada, llegué a ver una cara en cada comida. También los *fish'n'chips* que tenía delante de mí sobre un plato rojo tenían cara. Simplemente repugnante. Esos ojos de rodajas de patata. Y la nariz torcida de pescado. Por no hablar de la boca de ketchup.

—Voy progresando —dije y bebí un trago largo de Guinness.

—¿Lo ves? —respondió Peter halagándome y levantándose la barbilla con el dedo índice de una forma que me obligaba a mirarlo a los ojos—. ¡Siempre he sabido que eres la mejor!

Aquella noche tuvimos la primera pelea de nuestro breve matrimonio y la imagen perfecta que Peter había tenido hasta entonces de mí empezó a resquebrajarse.

Fue realmente demasiado ingenuo por mi parte creer que el momento ideal para tener una conversación sobre mi futuro podía ser justo antes de caer dormidos. Cuando, a oscuras, le confesé a Peter que no estaba segura de si quería ir a Berlín, saltó de la cama como si le hubiera picado una tarántula y me preguntó a gritos si había perdido la cabeza. Que él hacía todo esto sólo por mí. Y que yo, como en general todas las mujeres, era una desagradecida. Luego se golpeó sin querer con la cómoda y abandonó el dormitorio cojeando y no sin subrayar una vez más cuánto se había equivocado conmigo.

Peter pasó la noche en el sofá y, antes de que yo despertara, desapareció silenciosamente para volar a Berlín-Tegel desde el aeropuerto londinense de Heathrow en el vuelo de las siete.

Ni siquiera un *See you Friday* automático salió de sus labios cuando salió de casa con George.

Tres días después me encontré ante la dirección de Beautyface sin una sola idea, pero, a cambio, totalmente bañada en sudor, y

perdí mi empleo antes de que mi cara tuviera tiempo de efectuar el cambio de expresión oportuno. Apocada y como en trance, aterricé no sé cómo en el pub Joeys y, mientras me atiborraba con el primer filete sin cara que comía desde hacía semanas, puse un anuncio en la sección inmobiliaria del *Times*.

Apenas unas semanas más tarde, nuestra casita era ya propiedad de una familia con dos hijos y una cobaya gordísima. Cuando Peter me tomó en sus brazos en el aeropuerto berlinés de Tegel, me dijo:

—*Darling*, ¡olvida Londres! ¡Aquí nos esperan los verdaderos retos! ¡Te he traído una albóndiga!

¿A qué espera el joven en ese gigantesco mar verde de hierba, tan enorme que roza el horizonte?

Nunca lo descubriré, pues hay dos argumentos en contra de la película:

a) la frase corta tan tonta;

b) todo el cartel me hace desconfiar, ya que me recuerda no sólo a los maletines, sino también a mi vida en Inglaterra y a los paseos dominicales con mis padres, que parecían no acabarse nunca.

Cuanto más lo miro, más pesadas se me vuelven las piernas: pesadas como el plomo, demasiado pesadas para la capa de asfalto que hay debajo de mí. Y tengo la sensación de estar a punto de hundirme en él y desaparecer, lo único que aún puede verse de mí es mi cabeza. ¡Qué vergüenza! La locura de mis padres, que todo lo paraliza, de caminar campo a través. Y yo tras ellos: 1.497 pasos, 1.498 pasos, 1.499 pasos. Caerme muerta sería quizá una solución. 1.500 pasos. Desaparecer simplemente, sin sentido, sin objetivo alguno, y sin fin.

Mientras mis amigas quedan en el cine o en la piscina, bailan en el club juvenil y se enamoran, se fuman sus primeros cigarrillos, son besadas y practican el sexo, yo atravieso prados, campos y maleza y me pregunto por qué. ¿Por qué yo, Jane Terry, hija única de

Simon y Anna Terry, doy todos estos pasos sin sentido que al final del día no hacen sino llevarme de nuevo al sitio del que partí por la mañana?

Con frecuencia me he preguntado por qué precisamente esas dos personas se encontraron para enamorarse y producirme a mí en uno de sus encuentros amorosos, y es fácil perder la razón con estos pensamientos si reflexiono sobre cuántas otras posibilidades diferentes habría habido.

Mis padres se conocieron durante el último semestre de su carrera de medicina en una de las caminatas organizadas por la universidad con el tema *La aleta nasal bajo la influencia de caminatas extremas* y desde aquel día fueron inseparables.

Se casaron al acabar los estudios, se compraron una pequeña casa en un barrio periférico londinense y abrieron una consulta especializada en otorrinolaringología.

Y entonces llegué yo. Por sorpresa, porque me adelanté un mes, un lunes por la tarde del mes de mayo me deslicé sin más fuera de la barriga de mi madre y, como suele ocurrir con este tipo de partos repentinos, caí al vacío y me estrellé contra el suelo de linóleo recién encerado de la esterilizada consulta de mis padres.

Mi madre estaba ocupada explicando al viejo señor Cox, que sufría de un tinnitus —un silbido en uno de los oídos— que lo atormentaba, cómo tapándose los dos agujeros de la nariz se conseguía equilibrar la presión en el oído, cuando sintió el tirón breve y contundente de un dolor de parto mínimo y apenas tuvo tiempo de echarse al suelo antes de que yo viera la luz del mundo o, mejor dicho, las deslumbrantes luces de neón de la consulta de mis padres.

En un primer momento, el señor Cox no se dio cuenta de que el acto de echarse al suelo de mi madre no tenía nada que ver con su tinnitus y estaba impresionado en extremo por su esfuerzo corporal cuando me descubrió en el suelo, pequeña y embadurnada.

—¡Doctora Terry! ¿Qué hace usted ahí abajo? —preguntó, dando un paso atrás.

—¡Ya lo ve, señor Cox! ¡Estoy pariendo un niño! —respondió mi madre con voz oprimida mientras con una mano me sostenía en alto, sujetándome por los pies, y con la otra me daba un cachete en el trasero para poner en marcha mi primer grito y mi respiración de esa manera tan controvertida.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó el señor Cox mientras daba un paso en dirección a la puerta, ya que su pregunta era puramente retórica.

Lo que en realidad quería decir era: «¡Tengo que marcharme ahora mismo!». Ya tenía bastantes problemas con su tinnitus y ni siquiera se planteaba la posibilidad de ocuparse también de mi nacimiento.

—¡El cordón! ¡El escalpelo! —jadeó mi madre señalando la vitrina, dentro de la cual había uno.

—¿Que le corte el pelo? —balbuceó el señor Cox y cerró los ojos, ya que lo que veía sobrepasaba con creces lo soportable para un soltero sin hijos.

Notó cómo le venían a los ojos lágrimas de desesperación, ya que, además del tinnitus, era duro de oído y se sintió avergonzado e infinitamente estúpido por no tener unas tijeras y porque no comprendía por qué había que cortar el pelo a los bebés justo después de su nacimiento.

El sonido provocado por el tinnitus en su cabeza se iba haciendo cada vez más fuerte y silbaba y retumbaba como un tren expreso cruzando a toda marcha el interior de un túnel. Pasó de sentir un ligero mareo a que todo girara a su alrededor con tal fuerza que lo obligó a arrodillarse. Me miró a través de los gruesos cristales de sus gafas: un ser pequeño, gritón y pringoso que aún colgaba del brazo extendido de su madre con la cabeza hacia abajo. Cuando descubrió el cordón umbilical que asomaba bajo el vestido a cuadros naranjas de mi madre, y que se balanceaba entre nosotras como una comba, el señor Cox sintió el deseo imperioso, por primera vez en su vida, de morir al instante.

Con mano temblorosa se limpió el sudor de la frente, se apartó las gafas de la nariz y proclamó, mientras intentaba limpiar los cristales con un extremo de la camisa:

—Doctora Terry, no tengo tijeras.

Y, tras un carraspeo apocado, añadió:

—Usted misma puede ver que casi no tengo cabello en la cabeza. ¿Para qué debería llevar yo unas tijeras encima?

—¡Tiene que cortar el cordón umbilical! ¡El escalpelo! —gimió mi madre.

Por un momento mi madre había perdido el control, pero se sobrepuso al ver la mirada de pánico del señor Cox y le explicó, intentando quitarle toda la importancia que pudo, que cortar cordones umbilicales era algo bastante común. ¡Algo que todo el mundo debería hacer alguna vez!

—¡Venga, no es tan difícil! —dijo con voz aterciopelada y le guiñó un ojo al señor Cox apretando los labios.

Luego le dedicó una sonrisa forzada, cerró los ojos, respiró profundamente y trató de relajarse mientras el pobre hombre me separaba de mi madre, temblando y entre lágrimas.

Un par de minutos más tarde había pasado el horror y, mientras yo estaba tumbada sobre la piel de lana a cuadros naranjas de mi madre, el señor Cox, aún con su traje de *tweed* gris claro, que sólo se ponía para ocasiones especiales, vomitó en la papelera que había debajo de la mesa.

Mi padre, que quería estar a toda costa presente en mi nacimiento, consideró una catástrofe mi temprana llegada, ya que, mientras él cortaba el césped frente a nuestra pequeña casa sin sospechar siquiera lo que estaba ocurriendo, su mayor proyecto de investigación científica se estaba desarrollando sin él.

Durante meses había estado preparándose meticulosamente, había hecho un curso de comadrona y había convertido la que más tarde había de ser mi habitación en paritorio insonorizado, ya que mi nacimiento no iba a tener sólo la finalidad profana de traerme a



este mundo, sino que debía, sobre todo, acelerar el éxito de mi padre como científico.

Con ayuda de una videocámara y de un magnetófono desarrollado especialmente para el caso, quería documentar la mímica y el sonido de mis primeros gritos. Así, la sangre de su sangre y carne de su carne habría contribuido a demostrar que los niños, al nacer, gritan más bien *oa* y las niñas más bien *oe* y habría refutado la teoría de que la altura del tono de esos primeros gritos se encuentra en todos los casos entre los 400 y los 450 hercios, demostrando así, precisamente, que ésta, la altura del trono, depende del entorno del nacimiento.

Si hubiera venido al mundo según estaba planeado, mi padre habría alcanzado la fama como científico, así que es culpa mía que aquel momento no fuera para él el comienzo de una carrera fulgurante sino el de una depresión de caballo, y que cayera en una grave crisis existencial y creativa que lo convirtió, muchos años después, no en ganador del premio Nobel, sino en un alcohólico.

Tampoco le traje mucha suerte a mi improvisada comadrona, el señor Cox: nunca llegó a reponerse de la experiencia traumática que le supuso mi nacimiento por sorpresa ya que éste le provocó una pérdida crónica de audición y, consecuentemente, un pitido en el oído izquierdo que no lo abandonaba ni de día ni de noche, lo que puede decirse que imposibilitó una relación distendida entre nosotros.

Los hombres como mi padre no deberían engendrar niños y las mujeres como mi madre no deberían tener hijos; unos y otras deberían trabajar y tener éxito.

Casi nunca veía a mi madre porque siempre estaba ocupada consolando e impresionando a mi padre, ya que para ella no había nada más hermoso que su pasión compartida por gargantas, narices y oídos infectados, taponados y rebosantes de secreciones. Claro que tenía que tener cuidado de no hacerle sombra, lo que habría turbado la armonía del equilibrio lumínico de su matrimonio. Una ilusionista, mi madre, una campeona mundial en el arte de sumergirse en la sombra.

Como dos ruedas dentadas que encajan perfectamente la una en la otra, mis padres mantenían en funcionamiento su universo otorrinolaringológico en el que yo sólo desempeñaba un papel cuando tenía un problema de garganta, nariz u oídos. ¿Resulta extraño que la primera sensación que puedo recordar sea la de ser invisible seguida inmediatamente de la sensación de ser alguien sin importancia? Anhelaba la simple pregunta *¿Cómo estás?*, ya que esa pregunta habría sido la prueba de que mis padres contemplaban la posibilidad de que algo me faltara. Y ésa habría sido para mí la prueba de que existía para ellos. Pero mis padres nunca pensaron en hacerme esa pregunta, destinada exclusivamente a sus pacientes, y tampoco pensaron en ayudarme en el proceso de hacerme mayor. Para eso estaba Olga.

Durante unos años creí que Olga era mi verdadera madre y que la mía era una especie de segunda madre, una madre que se tenía por motivos de seguridad o para sustituir a la primera en caso de que ésta fallara. Eso me parecía razonable. ¿Por qué, si no, debía alguien tener dos madres?

Olga era ingeniera eléctrica y procedía de San Petersburgo. Pelo negro. Ojos negros como botones. Pequeña y redonda con pechos grandes. Cocinaba, limpiaba, me recogía del jardín de infancia y más tarde de la escuela, me acostaba y me arrullaba con su repertorio inagotable de canciones tristes del Volga. Y, aunque mi segunda madre se lo había prohibido, me hablaba en ruso.

Olga era una persona totalmente inadecuada para tratar con niños, pero representaba su papel con tal habilidad que mis padres creían haber encontrado en ella a una niñera leal y fiable a la que podían confiar su hijita día y noche. ¡No tenían ni idea!

Mi primera madre se llamaba en realidad Svetlana y a veces también Julia o Cora. Tenía distintos prometidos secretos al mismo tiempo, que se alojaban, por turnos y sin saber nada los unos de los otros, en su buhardilla. Y a cada cual le contaba una versión diferente de su existencia y de la mía.

Yo era su hija o su hermana pequeña o una niña abandonada o a veces también yo misma. Sólo que en esas ocasiones no me llamaba Jane, sino Dunia.

Yo era su aliada, y una coartada de confianza. Y no decía nada, ya que Olga me había amenazado con ahogarme como a un gatito si lo hacía.

Por ello no resulta sorprendente que desde muy pequeña sintiera una inseguridad enorme y viviera inmersa en una gran preocupación, ya que el modo en que mis tres padres se comportaban conmigo mostraba que no los guiaba el instinto de conservación sino que actuaban de manera impredecible y desequilibrada.

En los años oscuros de mi pubertad soñaba con huir a Londres para trabajar en un bar como cantante y fumadora empedernida con sinusitis crónica, y Olga me prometió ayudarme en mi huida ya que su tío Vania, que en realidad se llamaba Sergei, trabajaba en Londres como portero de una sala de fiestas y disponía de contactos inmejorables en esos ambientes.

Me juró por lo más sagrado y por su alma rusa que no me traicionaría jamás. Yo no tenía ni idea de que *jamás*, para Olga y su alma rusa, también podía significar, bajo determinadas circunstancias poco favorables, *en cualquier momento*, ya que un par de horas más tarde nos sacrificó a mí y a mi sueño por una partida de tute.

Mis padres estaban sentados delante de la chimenea, absortos en sus lecturas otorrinolaringológicas especializadas, mientras Olga y yo jugábamos a las cartas y yo, en la medida en que la estructura hormonal de la pubertad me lo permitía, estaba del mejor humor y sentí incluso un tímido momento de felicidad, ya que, por fin, mis posibilidades de ganarle a Olga una partida eran excelentes. Triunfante y sin sospechar nada de su péfida maniobra de distracción, vi sus ojos de botón pequeños y rabiosos a punto de arder en llamas en cualquier momento como si fueran cabezas de cerillas cuando, de repente, ella contó mi plan secreto.

Mi madre, una mujer pequeña y vigorosa, que se había peinado el cabello en alto formando una especie de extraña y compleja serpiente y que poseía una predilección por los vestidos de cuadros y el calzado robusto que saltaba a la vista, me miró con incredulidad a través de los gruesos cristales de sus gafas al tiempo que, como siempre que trataba de comenzar una frase con «Creo que...», fue interrumpida de inmediato por mi padre:

—Jane —me dijo en el tono que se utiliza para tranquilizar a los enfermos mentales—, ¿qué tipo de grupo musical va a querer a una chica de doce años en la pubertad? Tus cuerdas vocales aún no están en condiciones de producir auténticos tonos. Y, por lo demás, la libertad y las aventuras no tienen nada que ver con la distancia. Por el contrario, ocurren dentro de ti misma. O no ocurren en absoluto.

Luego sonrió higiénicamente como en un anuncio de Colgate y, sin dignarse a dedicarme una mirada más, volvió a sumergirse en la lectura de su libro favorito, *The Electronic Nose*.

Triunfante, Olga me sonrió resplandeciente ya que entretanto había sido capaz de trucar la partida y proclamarse vencedora y, mientras mi madre la felicitaba por su victoria y mi padre se echaba una copita de jerez, me esfumé y desaparecí sin que a nadie le importara en lo más mínimo.

A partir de ese momento Olga no fue ya mi primera madre y, en cuanto a mis otros dos padres, me habían dado la vida, pero, teniendo en cuenta que ni se les había pasado por la cabeza darme un manual de instrucciones para vivirla, me resultaban tan innecesarios como Olga.

Como he mencionado ya, mis padres eran fanáticos de las caminatas. Caminantes campo a traviesa. Mientras yo me rezagaba alejándome cada vez más de ellos e intentaba no perderlos de vista, hablaban, marchando al compás, acerca de sus pacientes, las enfermedades de sus pacientes y las medicinas que habían recetado a sus

pacientes. Cuando no hablaban de sus pacientes ni de las enfermedades de éstos, hablaban del sentido del gusto y del oído en el discurso etnológico, de aspectos ontogenéticos en el reconocimiento de patrones olfativos o de sus capacidades cognitivas y discriminatorias. De vez en cuando se paraban, porque algo en su conversación les había recordado mi existencia, y me esperaban. No puedo decir qué era peor para mí: cuando caminaban o cuando esperaban. En ambos casos me sentía miserable. Y, cuando por fin los alcanzaba, se comportaban como si viniera de otro planeta y me hacían preguntas absurdas como, por ejemplo:

—¿Ves eso, Jane? ¿Qué podría ser?

—¿Un arbusto...? —respondía yo dubitativa y tras una breve pausa de reflexión, ya que la pregunta me confundía, teniendo en cuenta que lo que se encontraba en mitad del campo era indudablemente un arbusto.

—¡Sí, Jane, un arbusto! Pero ¿qué tipo de arbusto? —quería saber mi padre.

No tenía ni idea de qué tipo de arbusto había frente a mí y me encogía de hombros.

—¿Un avellano? —probaba suerte de nuevo, para decir algo y escapar de aquel interrogatorio arbustivo.

—¡No, Jane, ese arbusto es tu nariz! —gritaba mi padre encantado dando palmadas de entusiasmo y mi madre asentía aprobatoria y parecía uno de esos perros que menean incesantemente la cabeza sobre los portaequipajes de los coches—. Imagínate que de cada célula olfativa de tu nariz creciera un mechón de pelillos sensoriales... y esa maleza llegara hasta las mucosas de tu nariz... y... ¡Tiene... ese... aspecto..., Jane, tiene ese aspecto! ¡Tu nariz!

Luego se quedaba en silencio y miraba feliz al arbusto, y mi madre miraba con orgullo a mi padre y le cogía la mano y yo dejaba a mis padres frente a su arbusto nasal y sentía lástima de mí misma. ¿Por qué precisamente yo tenía que tener esos padres? ¿Por qué mis padres no podían conversar acerca de su nuevo coche, la pro-

gramación de la tele o mis malas notas? ¿Por qué nunca refunfuñaban sobre mis cosas? ¿Por qué no se daban cuenta de que, en diciembre y bajo cero, yo sólo llevaba puesta una camiseta? ¡¿Por qué les era tan indiferente?!

Caminaba perdida por los prados, los campos y la maleza de los paseos dominicales. Me perdía entre la higiénica sonrisa Colgate de mi padre, el arte de sumergirse en la sombra de mi madre y todos los innumerables disparates del día a día.

En aquella época me dibujaba a mí misma como una enorme nariz negra con dos orejas flotando en el aire. Yo, Jane Terry, la negra nariz flotante, vivía en una elegante casita adosada en la que se evitaba todo aquello que pudiera irritar las mucosas y esperaba hasta convertirme en adulta.